



GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER

*Rimas y leyendas*

Edición de ENRIQUE RULL

**«Podrá no haber poetas; pero siempre habrá poesía.»**

Las *Rimas* de Bécquer son hoy la más conocida de las colecciones poéticas del siglo XIX. Exponente de una lírica incómoda en el corsé romántico y casi modernista, estos poemas breves deben su liviandad a un esforzado trabajo de depuración estilística. A su vez, las *Leyendas* son narraciones fantásticas de tono intimista y lúgubre, basadas en su mayoría en relatos populares, y suponen una de las producciones más representativas del posromanticismo de nuestro país.

El catedrático emérito en literatura española de la Universidad Nacional de Educación a Distancia Enrique Rull firma la introducción, las actividades finales y las notas que acompañan al lector a lo largo del volumen. Desde la semblanza de Bécquer hasta el análisis de su poética y el estudio de las fuentes de las que bebe su narrativa, la presente edición, que incluye asimismo las *Cartas literarias a una mujer*, resulta imprescindible para el estudio pormenorizado de esta obra cumbre de las letras hispánicas.

## INTRODUCCIÓN

Cuando nos asomamos al manuscrito autógrafo de Bécquer, llamado por él *Libro de los gorriones*, estamos muy lejos de suponer lo que el tiempo ha deparado a sus escritos, principalmente a las *Rimas* y a las *Leyendas*, aunque también a otros escritos literarios y periodísticos: una fama popular y un prestigio académicos que contados escritores españoles han logrado a lo largo de su historia. De aquel libro tan humilde de «proyectos» han quedado como testimonios imperecederos la mayor parte de sus poemas, la preciosa «Introducción sinfónica» y algún otro texto publicado en el manuscrito («La mujer de piedra»), más los trabajos múltiples que realizó para la prensa de su tiempo y la edición póstuma de sus *Leyendas*, *Cartas desde mi celda*, *Artículos varios* (hasta once) y *Rimas*, de 1871, publicadas por los amigos del poeta. En esa edición (de la que por fortuna hay edición facsímil de Cristóbal Cuevas y Salvador Montesa) se recoge, pues, la esencia más importante de su obra, si bien se echan en falta textos como las *Cartas literarias a una mujer*, la *Historia de los templos de España* y una enorme parte de sus artículos periodísticos que ha ido publicando la crítica (Leonardo Romero, etc.) hasta las ediciones más completas de los mismos (y otros escritos varios) realizadas por Ricardo Navas Ruiz<sup>[1]</sup> y últimamente por Joan Estruch.<sup>[2]</sup>

En el *Libro de los gorriones* se nos ofrecen unos textos limpios de pedantería académica, con las incorrecciones del «hombre» que «escribe» poesía y no del sabio literato

que la «hace», como él mismo distinguiera en la rima XXVI. Aunque lo que sabemos de Bécquer como persona no es tanto como quisiéramos, su figura se nos ha hecho familiar por sus retratos, por su escritura (sus propios manuscritos), por las semblanzas de algunos amigos queridos y, últimamente, por los valiosos ensayos biográficos de algunos críticos como Rica Brown, Heliodoro Carpintero, José Pedro Díaz y, más recientemente, por el bello libro de Rafael Montesinos, tan «lleno» de Bécquer no sólo por sus preciosas ilustraciones y documentos, sino también por su vivo, claro y amoroso texto. Todos ellos y otros críticos, que no podríamos enumerar aquí, habían visto al poeta y al hombre, y los que no pudieron conocerle en persona lo habían adivinado a través de sus poemas, porque pocas veces un escritor está tan vivo en su obra como Gustavo Adolfo Bécquer, que supo unir, sin exhibicionismo, su talento natural de artista a una sinceridad y autenticidad consigo mismo muy poco frecuentes, y está tan vivo no sólo como artista sino como mejor hombre que forjó su poesía, como deseara Machado para sí.

Hablar de un hombre es más difícil y temerario que hacerlo de un escritor. Gustavo Adolfo decía: «de que pasé por el mundo / quién se acordará?» (rima LXI). Hoy nos acordamos muchos, después de más de un siglo transcurrido, y no sólo del buen escritor. Y nos acordamos los que lo estudiamos, pero también los que lo leen de forma anónima con amor y se sienten hermanos de sus sueños. Profundizar en el estudio de Bécquer y su obra es una de las experiencias más gratas que pueda tener cualquiera. No es extraño, pues, que pese al fugaz gusto y a la inconstante moda, Bécquer haya sido leído y amado desde su muerte por modernistas y noventayochistas, por generaciones novecentistas, del veintisiete y de posguerra... hasta hoy. En todos los grupos, en todas las escuelas, es fácil encontrar su recuerdo, y quizá entre la gente iletrada sea el poeta del siglo antepasado más presente y vivo hoy en día.

Cuando Ramón Rodríguez Correa, amigo del poeta, escribe su sencilla pero emotiva semblanza en el prólogo a la primera edición de sus obras en forma de libro (en el mencionado año de 1871), se nos revelan muchas cosas: que un gran poeta había dejado casi en el anonimato la mayor parte de sus versos, que la adversidad de su vida truncó ambiciosos proyectos, y que, sólo tras la muerte, se revelaba al público el genio de un hombre que para sobrevivir y ser fiel a su talento tuvo que pagar por él «o una necesidad material, o el pago de una receta», como dice el mencionado Rodríguez Correa.

No es la vida de Bécquer, como ahora veremos, la del artista triunfante, que conoce el sabor de la gloria o, al menos, la tranquilidad de una existencia afectiva suficiente, ni siquiera la seguridad de una cobertura material medianamente satisfecha. «Yo era huérfano y pobre...» dice Bécquer en su rima LXV, y esto, que es sin duda en el contexto poético una afirmación llena de resonancias complejas, es también una realidad de hecho, aunque pueda discutirse en algún pormenor. Tuvo en efecto algunas satisfacciones de muy distinto orden, pero éstas provenían más de su temperamento artístico y de la exaltación vital de sus ilusiones que del *logro* de las mismas. «Poeta del dolor» le ha llamado Díez Taboada, pero también por el hecho mismo de ser auténtico poeta, hombre de sensibilidad e imaginación para poder hallar en la Poesía el bálsamo de la adversidad y el consuelo del Sueño. Bécquer, por fortuna para él, supo ver con claridad la contingencia de la vida al modo calderoniano y avanzar más allá, llegando a atisbar también el valor del sueño de la vida, a profundizar en éste y a intentar incluso traspasar su umbral.

Una edición de sus obras fundamentales es siempre necesaria, no sólo por el interés intrínseco de estas obras, sino porque hay un lector a quien hay que mantener en contacto con nuestros clásicos, y más si son tan vivos como Bécquer. La edición, sobre todo de sus *Rimas*, presentaba

un problema, reavivado por los editores más recientes: conservar el orden del manuscrito becqueriano *Libro de los gorriones* o el de la edición póstuma de los amigos del poeta. Aunque esto no nos parece una cuestión del todo relevante, sí lo es en la medida en que la edición del manuscrito implica una presentación de las *Rimas* de acuerdo con él, cuando sabemos, por las propias palabras de Bécquer, que éste, escrito en un libro puramente comercial, era sólo un cuaderno de «proyectos» en el que tenían cabida otros escritos diferentes y textos en prosa. No hay identificación con las rimas exclusivamente. Hay otros dos datos importantes: la edición de las *Rimas* (éstas sí) efectuada por los amigos del poeta (Narciso Campillo y Ramón Rodríguez Correa) y publicada en 1871, muerto el poeta, quizá hubiera contado con su aprobación, pues Bécquer confiaba en ellos, más doctos y capaces de asumir una labor teórica y práctica (Campillo había escrito incluso una *Poética* dentro de parámetros académicos) en la confección, organización y publicación de sus textos. Además, la tradición ha mantenido en innumerables ocasiones el orden de las poesías de esa edición, a las que eruditos, profesores y lectores aludían y aluden en citas, referencias y escritos de variada índole. Introducir una nueva ordenación que no sea la canónica iría contra esa misma tradición, que tan útil ha sido y es, hasta el punto que hay que combinar siempre, advirtiéndolo, las dos ordenaciones para evitar la confusión. Por esas razones (y otras de menor relieve), mantenemos nosotros el orden tradicional, no creyendo, como algunos críticos recientes piensan, que tergiversarse el sentido de los poemas, al dar a éste un valor autobiográfico, y menos referir una historia concreta de este tipo, pues el lector es inteligente y distingue a la perfección los motivos y detalles de cada poema y es capaz de leerlos de forma aislada como lo que son. La edición tradicional tiene la virtud de agavillar unos temas concretos e ilustrar con ello una faceta de la visión del poeta acerca de la poesía, el descubrimiento amo-

roso, la exaltación de éste o su desengaño y ruptura, sin atribuir a un acontecimiento vital concreto tal o cual poema, porque entre otras cosas no es necesario para entender el sentido de los mismos. No por ello se desestima la edición de las *Rimas* siguiendo el manuscrito autógrafo, tal cual se ha hecho en varias ocasiones, pues su objeto es de utilidad evidente. En este sentido hay que agradecer a los profesores Balbín y Roldán (ya fallecidos) la verdadera primera edición facsímil que realizaron en el año 1971 en un precioso libro encuadernado según el formato del manuscrito (o lo más parecido a él) en color y forma. En cuanto a la edición de las *Leyendas*, nos atenemos al texto de nuestra anterior edición de 1984 en Plaza & Janés con algunos matices que explicamos en los criterios de edición presentes.

## 1. PERFILES DE LA ÉPOCA

En la época en la que nace Bécquer (1836) se han empezado ya a consolidar el romanticismo y el liberalismo en Europa. El fenómeno procede de las corrientes racionalistas de la Ilustración dieciochesca y se opone a la vez a ellas, lo que permite explicar la aparente contradicción en la que se mueve la cultura del momento: por un lado, una abierta rebeldía contra toda norma, fundamentalmente contra los valores clásicos y la tradición, y por otro un nexo con la tradición y, por tanto, con la espiritualidad individual y colectiva de raigambre medieval, y con los valores del «pueblo» (cuentos, leyendas religiosas o de otro orden, etc.), desde el folclore hasta las reliquias del arte y la arquitectura (catedrales, monasterios, monumentos y ruinas, etc.). Pero sobre todo destacan elementos de la psique humana como la pasión y los sentimientos, a los que se añade el sentido estético en la contemplación de la naturaleza, que determinará

el descubrimiento del paisaje como cuadro autónomo. La ambivalencia, e incluso aparente contradicción, emanada del gusto por la tradición y el afán de progreso, del culto a los valores de lo popular y el más acendrado individualismo, se va decantando con el tiempo hasta constituirse en dos corrientes que tienen su orientación ideológica y política según prevalezcan unas u otras tendencias: la conservadora, con predominio del peso de la tradición, y la liberal o progresista, en la que el influjo de las ideas ilustradas ganan fuerza. No obstante, en cualesquiera de las dos corrientes se pueden hallar, como hemos dicho, contradicciones evidentes, que a veces corresponden a distintas fases en la evolución de los autores. Así, por ejemplo, es fácil encontrar una estética neoclásica en la poesía de Larra o en su teatro, apenas rota por el impulso juvenil de la protesta o la renovación ideológica que le es inherente; o en las primeras poesías de un Bécquer juvenil todavía hallamos el marchamo vivo de esa misma estética heredada de Lista o de Quintana hasta su pronta evolución posterior por influjo de los poetas románticos españoles y extranjeros. Mientras en Francia Chateaubriand (1787-1824), quien habría de influir en ciertos aspectos de la concepción becqueriana de la tradición, seguía una línea monárquica y conservadora, Lord Byron (1787-1824) mostraría en Inglaterra una decidida vocación por el más acendrado individualismo, lo mismo que Heine (1797-1856) en Alemania (quien también habría de influir en la poesía de Bécquer). Es curiosamente en Francia donde el romanticismo conquista un puesto decisivo con el manifiesto de Victor Hugo (en el prefacio de su drama *Cromwell*) en 1827. Las producciones poéticas de Vigny, Musset, Lamartine, dejan ya el camino abierto a la nueva corriente de forma decisiva. Lo mismo ocurre en el campo de la pintura con Delacroix, o de la música con los italianos Rossini, Donizetti y Bellini (que también influirían en la personalidad de Bécquer), los germanos Mendelssohn, Schubert y Schumann, y el polaco Chopin. En España

el duque de Rivas, de manera algo tardía (1835), introducía de forma decidida el movimiento en el teatro, y Espronceda conseguía sus mejores frutos en el género publicando en 1840 sus *Poesías*. La vida de Bécquer transcurre entre ese incipiente romanticismo y el período llamado realista. Propiamente su obra se mueve ya en el campo de la poesía tardorromántica o realista. Aunque su posición es tildada por algunos de romántica, sólo lo es en la medida que asimila más el tipo del *lied* o canción alemana (a través de poetas españoles filogermanistas) que la poesía exaltada de los primeros románticos, y está situado, como veremos luego, en una zona propia de poesía intimista que tiene como precedentes poetas extranjeros y españoles de la segunda mitad del siglo, que es la que corresponde cronológicamente a su realización poética y literaria.

En otros campos de las artes el romanticismo inicial hunde sus raíces en el neoclasicismo anterior, como sucede con el pintor David en Francia, autor neoclásico ligado por su ideología a la revolución y luego artista oficial del Imperio con Napoleón. De David precisamente procede Girodet (1767-1824), quien ya se inspira en temas legendarios como la saga de Ossian; Gérard (1770-1837) y Gros (1771-1835), autor del famoso retrato de Bonaparte en el puente de Arcole; pero los más importantes de este período son sin duda Proudhon (1758-1823), autor de una alegoría sobre el crimen, de espíritu ya plenamente romántico, Géricault (1791-1824), autor de obras sobre las hazañas napoleónicas y de una obra típica de la época, *La balsa de la Medusa*, de exaltación romántica, como lo serán las pinturas del más grande de todos, Eugène Delacroix (1793-1863), quien se inspira en Shakespeare (*Hamlet* y *Horacio en el cementerio*), o en Byron (*El naufragio de don Juan*), pero sobre todo es conocido por *La libertad guiando al pueblo*, de 1830. En Inglaterra es muy importante William Blake (1757-1827) como pintor visionario y poeta, autor de ilustraciones sobre la Biblia y la *Divina comedia*, así como

los grandes descubridores del paisaje como John Constable (1776-1837) y, sobre todo, William Turner (1775-1851). En España los pintores románticos también parten de las enseñanzas neoclásicas. Dejando al margen al preclaro Francisco de Goya (1746-1828), pintor dieciochesco, pero que se asoma a la época moderna con una audacia que le hace precursor del impresionismo y expresionismo, hay que destacar a Esquivel (1806-1857), importante retratista, cuya *Reunión de literatos* (o *Zorrilla en el estudio del pintor*) es importante también como documento de época, y a Pérez Villaamil (1807-1854), de un gran talento evocador de paisajes orientales y edificios medievales, todo impregnado de subjetividad. Finalmente, Valeriano Bécquer (1834-1870), hermano del poeta, destaca por la pintura de costumbres y tipos populares. Perteneían ambos a una familia de pintores, entre los que destacan el padre, José Domínguez Bécquer, pintor de carácter costumbrista también, y Joaquín, tío de los hermanos, también pintor de costumbres. Valeriano fue seguramente el más importante de ellos, dedicándose también a la ilustración de revistas y libros (entre ellos destaca *Los trabajadores del mar*, de Victor Hugo), y al retrato, realizando, entre otros, varios de su hermano Gustavo Adolfo.

En lo político, el triunfo del liberalismo era cuestión de tiempo. En España lo logró gracias al apoyo de Inglaterra y Francia, de forma que los gobiernos que se suceden de 1834 a 1837 (Martínez de la Rosa, Toreno, Mendizábal) son progresivamente más liberales. Las guerras carlistas minaban la situación, hasta que en 1839 se firma el Convenio de Vergara con los partidarios de don Carlos. Pero en el año 1843 es derribado Espartero, y después de declararse la mayoría de edad de Isabel II se impone una situación claramente conservadora hasta 1854. En Francia, la revolución de 1848 obligó a abdicar al rey Luis Felipe y se vuelve a proclamar la república. Estos hechos se propagan por Europa y el espíritu liberal y democrático vuelve a imperar por

todas partes. En Austria dimite Metternich, el hombre que había representado el espíritu de la Restauración. Demócratas y socialistas se hacen con el poder. En Italia las ideas políticas liberales y nacionalistas de Mazzini (1805-1872) empiezan a triunfar con los levantamientos de Venecia y Milán (marzo de 1848). En Prusia igualmente hubo manifestaciones y se levantaron barricadas que obligaron al rey Federico Guillermo IV a discutir una constitución liberal en asamblea nacional. Es la burguesía la que impone de nuevo sus criterios, que en la cultura se manifiesta ahora en lo que se llama realismo, que proporciona unos modelos de vida próximos a la pequeña burguesía de las ciudades, y unos ideales de vida cotidiana muy alejados de los modelos heroicos y medievales de los románticos. Los verdaderos creadores del realismo decimonónico fueron Stendhal (1783-1842) y Balzac (1799-1850), aunque en España el realismo siempre se sintió heredero de la tradición cervantina, de la picaresca y de los clásicos del Siglo de Oro. En realidad, el realismo español se va imponiendo a través del costumbrismo romántico y del gusto por la pintura de lo típico y de la observación de lo cotidiano, pero, en la novela, no penetra de forma decidida hasta más que mediado el siglo. Ese espíritu burgués es el que fomentará el progreso científico a través del positivismo filosófico. El representante de este movimiento fue Augusto Comte (1798-1857), quien fundó una nueva ciencia, la sociología, que no es sino la forma de entender la historia de una manera meramente positivista, es decir, la interpretación realista de los datos, y la comprobación de los mismos a través de la experimentación, como sucede con las llamadas ciencias experimentales o positivas (las naturales, biológicas y físicas). Para Comte el positivismo es el tercer estadio del progreso de la humanidad, tras el teológico y el metafísico, y se apoya en el dato y en la comprobación experimental, pues piensa que sin ellos no hay verdadera ciencia ni progreso técnico. De este enfoque proceden los grandes progresos científicos del siglo XIX, del

que son exponentes máximos desde la *Introducción a la medicina experimental* (1859) de Claude Bernard (1813-1878) hasta el *Origen de las especies* de Charles Darwin (1809-1882), pasando por estudios sobre gérmenes y contagios de Louis Pasteur (1822-1895), quien planteó por vez primera la existencia de microorganismos en la fermentación y descubrió la vacuna antirrábica.

## 2. CRONOLOGÍA

- 1836 El 17 de febrero nace en Sevilla Gustavo Adolfo Bécquer. Restablecimiento de la Constitución de 1812.
- 1841 Muere su padre, José Domínguez Bécquer. Regencia del general Espartero (hasta 1843).
- 1846 Bécquer ingresa en el colegio de San Telmo. Matrimonio de Isabel II con don Francisco de Asís.
- 1847 Fallece su madre, Joaquina Bastida. Comienza la Segunda Guerra Carlista.
- 1848 Lecturas en casa de su madrina, Manuela Monnehay. Revolución de 1848 en Francia. *Manifiesto comunista*.
- 1849 Bécquer y su amigo Narciso Campillo publican versos en la revista de Sevilla *El Regalo de Andalucía*. La amnistía concedida por Isabel II pone fin a la guerra carlista, pero subsisten focos de insurrección, que duran hasta 1856 aproximadamente.
- 1850 Ingresa Bécquer en el estudio de pintura de Antonio Cabral Bejarano. Comienza el proce-

- so de unificación de Italia, que cristalizará en 1860 y durará hasta 1871, año en que Roma pasa a ser la capital del reino.
- 1852 Bécquer entra en el taller de pintura de su tío Joaquín Domínguez Bécquer. Napoleón III emperador de Francia.
- 1854 Bécquer se traslada a Madrid. Restablecimiento de la Constitución de 1837. Levantamiento de O'Donnell en Vicálvaro.
- 1857 Primeras entregas de la *Historia de los templos de España*. Nace el príncipe de Asturias, don Alfonso, que será rey con el nombre de Alfonso XII.
- 1858 Publicación de la primera leyenda, «El caudillo de las manos rojas». Bécquer enferma de gravedad. Gobierno de O'Donnell.
- 1859 Publicación de la rima XIII, su primera rima. Guerra de Marruecos.
- 1860 Comienza la publicación en *El Contemporáneo* de las *Cartas literarias a una mujer*. Tras la victoria de Los Castillejos, en la que interviene el general Prim, y la toma de Tetuán, se firma la paz con Marruecos.
- 1861 Casamiento de Bécquer con Casta Esteban. Publicación de varias leyendas. Alejandro II de Rusia decreta la abolición de la servidumbre, que afecta a más de cuarenta millones de campesinos.
- 1863 Bécquer continúa publicando leyendas y otros textos. Marcha a Veruela con su hermano Valeriano y la familia de éste. Batalla de Gettys-

- burg (guerra de Secesión americana). Lincoln enuncia su proclamación antiesclavista.
- 1864 Los Bécquer continúan su estancia en el monasterio de Veruela. El ministro González Bravo nombra a Bécquer censor de novelas. Gobierno de Narváez.
- 1865 Bécquer cesa en su cargo con la caída del gabinete de Narváez, como consecuencia de la Noche de San Daniel. Se publican en *El Museo Universal* ocho rimas (V, XI, XV, XXIV, II, XVI, LXIX y XXIII). Prim asume la jefatura del Partido Progresista.
- 1867 González Bravo invita al poeta a publicar sus rimas. Constitución de la Confederación Alemana del Norte.
- 1868 Bécquer empieza a redactar el manuscrito del *Libro de los gorriones*. Se separa de Casta Esteban y se establece en Toledo con su hermano Valeriano. Revolución de Septiembre y caída de Isabel II.
- 1869 Los Bécquer permanecen durante todo el año en Toledo con sus hijos. Gustavo Adolfo se traslada a Madrid en diciembre. Nueva constitución en España.
- 1870 Le nombran director literario de *La Ilustración de Madrid*, donde publica Bécquer gran cantidad de artículos. Muere Valeriano en septiembre. Regresa Casta Esteban con el poeta. Gustavo Adolfo Bécquer muere el 22 de diciembre, a causa de una pulmonía. Amadeo de Saboya es elegido rey de España. Comienza la guerra franco-prusiana.

- 1871 Narciso Campillos y Ramón Rodríguez Correa, amigos del poeta, publican la primera edición de las *Rimas*.

### 3. BIOGRAFÍA DE GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER

Nacido en Sevilla el 17 de febrero de 1836, fue hijo de padre pintor, al que perdió a los cinco años de edad. Bécquer tuvo seis hermanos, de los cuales el más famoso con el tiempo sería Valeriano, heredero de las cualidades artísticas de su padre, de las que participó en menor medida el propio Gustavo Adolfo. El apellido Bécquer lo adoptaron de sus antecesores familiares y no sólo lo utilizaron los hermanos como artistas, sino que ya su propio padre firmaba como pintor con el nombre de José Domínguez Bécquer. Los primeros apellidos de Gustavo Adolfo eran Domínguez Bastida Insausti. El origen del apellido Bécquer se remonta a unos antiguos antepasados oriundos de Flandes, que ya en el año 1622 fundaron una capilla de los «Becker» en la catedral sevillana; luego castellanizarían su apellido. Gustavo Adolfo a veces indicaba mediante la inicial «D» el apellido «Domínguez», como así figura, por ejemplo, en la portada del *Libro de los gorriones*, y su hermano Valeriano hacía otro tanto, como he podido comprobar en un cuadro de mi propiedad. Sin embargo, esto a veces no era así, pues tanto el uno como el otro prescindían con frecuencia de la inicial de su primer apellido, y el propio Gustavo incluso de su segundo nombre, «Adolfo».

En el año 1847, es decir, cuando Gustavo Adolfo tiene once años, fallece también su madre. Un año antes había ingresado en el colegio de San Telmo de Sevilla, centro orientado fundamentalmente a los estudios de náutica. Allí parece que conoció a Narciso Campillo, manifestando ambos inclinaciones literarias. Gustavo Adolfo quedó al cuida-